

Educación intelectual y “sentimental”: autonomía, extensión

Marta Elena Bravo

Desde muy temprano en mi mundo personal me formé un imaginario de universidad: mi padre nos llevaba en familia a la Universidad de Antioquia, su lugar de trabajo, espacio que tuvo muy adentro de sus afectos y que, por lo demás, lo inspiró para adaptar un bello coral del compositor norteamericano Robert Lowry* para cantarle a la institución en una de sus festividades. Esto lo hizo en esa ocasión para el Orfeón Antioqueño, en sus inicios conformado por estudiantes de la Universidad de Antioquia y del Instituto Central Femenino (luego CEFA), fundado y dirigido por él. Por la aceptación y apropiación entusiasta desde ese momento de la comunidad universitaria, se convirtió en su himno que a lo largo de la historia de la Universidad de Antioquia y del CEFA ha hecho vibrar no sólo a la institución, también a muchos antioqueños.

Pero a este bello “lugar de memoria” que ha sido el himno, en mi imaginario temprano se mezclaban además los hermosos edificios de la plazuela San Ignacio con su Paraninfo y sus claustros y las antiguas biblioteca y emisora cultural — hoy tan bien restaurados — que fueron sitios para nosotros muy familiares.

Este imaginario que nos formábamos se traducía en un espacio grato donde era posible el encuentro de muchos y en el que podíamos asistir a eventos culturales, especialmente musicales, un lugar donde la gente hablaba y discutía asuntos que en nuestras mentes infantiles y juveniles alcanzábamos a percibir como de interés. Traigo a colación esto, pues cuando ya fui joven y tuve la oportunidad de ingresar a una universidad, la fui soñando como un sitio del cual quería ser parte para trabajar.

Fue, pues, un regalo de la vida acercarme tan temprano a ese ambiente universitario que ha marcado mi trayectoria vital por muchos años.

Recuerdo después otro momento que me abrió también mente y corazón a la dimensión de lo que estos centros de educación significan. A finales de los 50 pude asistir como delegada a un congreso universitario colombiano que se realizó en la Universidad Nacional de Bogotá, en el auditorio de su prestigiosa Facultad de Derecho. Como estudiante primípara de una universidad privada, viví por primera vez ese claustro universitario de la Universidad Nacional que, ya desde 1935, se fue convirtiendo en lo que hoy es la ciudad universitaria o “ciudad blanca” como se le ha llamado con frecuencia. Me marcó ese primer congreso nacional en el que participé con mucho entusiasmo, pues me permitió mirar y oír el panorama y la discusión sobre lo que era y debía ser la universidad colombiana y su relación con el país, representada allí en muchos jóvenes que venían de distintas regiones con sus vivencias, visiones, anhelos y utopías. Las mujeres éramos una minoría en el congreso, puesto que no era muy común en la época nuestro acceso al mundo universitario.

Allí, por primera vez escuché hablar del Manifiesto y la Reforma de Córdoba (Argentina) de 1918, cuyo centenario conmemoramos este año como un evento que ha marcado, sin lugar a dudas, la historia latinoamericana universitaria. Después, en repetidas ocasiones se citaba siempre en muchas reuniones universitarias en las que participé en esas épocas de formación y también cuando iniciaba mi vida profesional. Resalto curiosamente que, entre los temas relevantes de la Reforma y del Manifiesto, como se

le conoce más comúnmente, estaban la autonomía y la extensión universitaria.

No dudé en elegir, en aquel congreso en la Universidad Nacional, la comisión de autonomía universitaria para participar en ella. Fue de verdad una “osadía” de mi parte querer participar en una discusión que tenía especial pertinencia en los claustros universitarios, sobre todo de carácter público, pues no sólo era una estudiante muy joven, sino que venía de una universidad privada. Vale la pena señalar que, en esos tiempos, la universidad, como el país, trataban de vivir con optimismo el comienzo de una etapa significativa en la historia nacional: El Frente Nacional, después de superar un gobierno militar desde 1953 hasta 1957, que representó, sobre todo en los últimos años del general Gustavo Rojas Pinilla y antes de la Junta Militar, una fuerte represión, especialmente estudiantil.

Tal vez fue allí cuando percibí esa estrecha relación semántica entre universidad y universo, al encontrarme con personas tan diferentes, con distintas tendencias de pensamiento, sensibilidades, inquietudes y maneras de discutir que fueron el comienzo también de una educación intelectual y, por qué no, “sentimental universitaria”, en un amplio horizonte de personas y saberes que ayudaron a definir mi vocación y compromiso por un trabajo que ha significado mucho para mí.

Por motivos obvios de juventud e inmadurez, no había alcanzado a dimensionar el alcance y la complejidad de lo que era una discusión sobre este tema. Y por una circunstancia inexplicable, que quizá obedecía al número limitado de mujeres que asistían, fui elegida como presidenta de una comisión, por lo demás muy difícil de orientar, con una discusión muy acalorada que duró, como ha sido costumbre en congresos y asambleas universitarias, hasta el amanecer del otro día. Discusión realizada, eso sí, con entusiasmo y pasión por un tema que



María Teresa Cano. *Ciudadela Viva*. Pintura mural en comunidad. 2012. La Ceja, Antioquia

está siempre en el corazón mismo de la institución académica.

Estos recuerdos, y otros que conservo de reuniones de estudiantes universitarios, y luego mi recorrido como profesora, primero en universidades privadas y, después dedicada por muchos años a la pública, me han marcado para pensar profundamente sobre lo que es la autonomía de la universidad como consustancial a la institución y, así mismo, estrechamente relacionada con una función fundamental: la extensión universitaria. El principio de la autonomía, y en este caso me refiero sólo a la de pensamiento y de libertad en la construcción y circulación de conocimiento, es concomitante con el proceso de una educación para el ejercicio autónomo de la libertad de pensar y actuar para llegar a esa “mayoría de edad” de la que habla la filosofía, que implica la responsabilidad personal e institucional frente a las decisiones que, consecuentemente, se toman. Autonomía que, además, le da especial significado a la universidad como centro de creación y de memorias.

Esa autonomía, en mi concepción y por la experiencia en la vida académica, es necesario ligarla siempre a la esencia de la universidad como centro por excelencia de cultura, de ciencia y de tecnología a través de sus funciones de docencia, investigación y extensión, todas estrechamente relacionadas.

En esa relación con la sociedad, la autonomía conlleva un *ethos* de la universidad que exige, especialmente, la extensión ligada a la docencia e investigación. No es sólo “llevar” conocimiento, cultura, ciencia y tecnología a la sociedad; se trata de entrar, precisamente, en una relación dialógica en la cual la universidad se comunica y actúa con la sociedad pero, al mismo tiempo, recibe de ella, en la que está inscrita, para relacionarse con la región, con el país y con la cultura-mundo en la cual está, necesariamente, inmersa. Se trata de una retroalimentación, no sólo de sus realidades socio-

culturales, económicas, políticas y comunicativas, sino de sus anhelos, necesidades, preguntas pertinentes para su devenir socio cultural y, sobre todo, para que los ciudadanos que la constituyen puedan actuar como sujetos activos y culturales que van escribiendo en ese palimpsesto apasionante que es la sociedad.

Una sociedad conformada por unos sujetos pensantes, responsables y autónomos, con la “mayoría de edad” para enfrentar los retos que esa escritura social implica, en una universidad que se comunica, interactúa y tiene un compromiso con la sociedad para convertirse en esa Alma Mater... “que de tus semillas savias nobles siempre das al pródigo, amado hijo, muchas para cultivar”. Alma Mater que, en especial por su carácter público, enaltece ese sentido “de lo público” que es lo que “nos compete como ciudadanos y de lo cual somos responsables todos” y en este caso, con mucha mayor razón, una institución de educación superior que es de y para toda la sociedad.

Nota

*En la partitura original, con caligrafía del mismo José María Bravo Márquez, dice: Letra: José María Bravo Márquez y Edgar Poe Restrepo. Música: R. Lowry.

Marta Elena Bravo de Hermelin. Profesora jubilada de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional –Sede Medellín–, en la que estuvo a cargo del departamento de Humanidades y de las direcciones de Extensión Cultural y Extensión Universitaria y donde fundó y dirigió la revista de Extensión Cultural que luego codirigiría con Álvaro Tirado Mejía y con Luis Antonio Restrepo. Profesora Honoraria y miembro de la Orden Gerardo Molina de la misma institución. Ha sido también profesora de la Facultad de Artes y asesora de Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia para diversos proyectos. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Mater*.